

## Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva

*María Luisa Tarrés*

### 1. Introducción

TANTO EN MÉXICO como en otros países de América Latina en las últimas décadas han proliferado los estudios sobre movimientos sociales. Esto ha contribuido a que la noción se haya generalizado tanto que sus aplicaciones hacen dudar, a veces, de que se trate de un mismo asunto. Un análisis superficial de las investigaciones sobre el tema permite observar, por un lado, que el área que abarca es muy amplia, pues incluye prácticamente a cualquier sector, grupo, organización o categoría social que realiza actividades comunes, y por otro, que se habla de nuevos movimientos sociales sin especificar si este calificativo obedece a un nuevo enfoque, a nuevos actores o se refiere a la originalidad del fenómeno que se analiza.

Quizá uno de los rasgos más sobresalientes de la producción de los últimos diez años sea la ausencia de referencias al debate sobre el tema de la acción colectiva que, en la sociología general y en la latinoamericana, tiene una tradición nada despreciable. Tal parece que las movilizaciones, las huelgas, las protestas constituyeran una realidad nueva, no ensada con anterioridad pues los estudios, generalmente, no establecen continuidad y evitan un diálogo con trabajos anteriores.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Llama la atención la escasa o nula referencia a trabajos realizados antes de los sesenta sobre los movimientos obrero, sindical o campesino, en el marco de la sociología del trabajo y la rural, respectivamente; o a los aportes de la sociología política cuando trató fenómenos colectivos relacionados con las transformaciones debidas a la caída o surgimiento de regímenes políticos. En el caso de México, los últimos estudios sobre movimientos sociales no recogen las enseñanzas teóricas, metodológicas o sustantivas que pudieran derivar de los numerosos análisis realizados sobre esa diversidad de expresiones colectivas que es la Revolución mexicana.

Este hecho no es casual. El auge del tema de los movimientos sociales en América Latina se ubica en una coyuntura donde confluyen varios factores que sería necesario aquilatar para obtener una visión equilibrada de las distintas perspectivas utilizadas para estudiarlos. En primer lugar, da la impresión de que frente al reflujó del marxismo y de las teorías estructuralistas, la perspectiva de los movimientos sociales surge como una contrapropuesta para comprender las luchas y reivindicaciones sociales a partir del rescate del actor y del sujeto. En segundo lugar, no es, quizás, casual que el tema apareciera con mayor fuerza en países donde la izquierda fue acallada, o suprimida y, tal vez precisamente por ello, haya tenido un desarrollo importante allí donde los regímenes autoritarios cancelaron las posibilidades de participación política (Hellman, 1989). De ahí que en este caso se pueda suponer que la noción de movimiento social llena el vacío de representación creado por la represión o la eliminación de los mecanismos legales que favorecían la participación en partidos políticos, sindicatos y otros organismos tradicionales de intervención en el sistema institucional.

Cualesquiera sean los condicionantes, es un hecho que la teoría de los nuevos movimientos sociales orientada a comprender la lógica de la acción colectiva en las sociedades europeas posindustriales obtiene una adhesión inesperada.<sup>2</sup> El enfoque de Alain Touraine se generaliza<sup>3</sup> y los estudios de sus discípulos, Castells, Melucci, Lojkine, son citados por la mayoría de los investigadores de la región. También aparecen otros autores como Alberoni, Slater, Cohen, Evers, Offe, que aunque no logran la influencia de los primeros se transforman en referencias importantes.<sup>4</sup>

La contribución de esta perspectiva ha sido valiosa para comprender nuestras sociedades, no sólo porque llenó un vacío teórico sino porque gracias a ella se han rescatado sectores sociales y políticos que habían sido borrados por la aplicación de modelos estructuralistas, o por la implacable lógica de la teoría de las clases sociales.

También ha sido relevante porque se logra detectar la creación de contraculturas al revalorizarse la especificidad de las demandas, de las formas de organización, de los estilos que asume la lucha, y porque los análisis se hacen más complejos, pues logran rescatar la heterogeneidad de la vida social y, fundamentalmente, porque se distingue entre lo so-

<sup>2</sup> No sólo inesperada sino también paradójica ya que en los momentos en que la dominación, la crisis o la pobreza parecen cruzar las sociedades de la región, la sociología se esfuerza por buscar actores en los más distintos sectores de la población.

<sup>3</sup> Nos referimos al libro *Production de la société* (1973), donde el autor establece las bases de su trabajo posterior.

<sup>4</sup> El trabajo de los autores mencionados es amplio; sus obras más conocidas se pueden consultar en la bibliografía.

cial y lo político. Además se reconoce la autonomía de ciertos procesos, hay temas y áreas temáticas que devienen, en pocos años, campos legítimos de investigación. Ya no hay preguntas respondidas de antemano por teorías que daban por supuesto el comportamiento de ciertos actores o un encadenamiento lógico entre niveles de la realidad, de manera que enfoques que rescatan procesos de la vida cotidiana cobran una importancia inusitada si se piensa con una mentalidad de los años setenta.

Además, y esto no es banal, la perspectiva de los movimientos sociales permitió continuar con el estudio de temas profundamente enraizados en las sociedades latinoamericanas, tales como las luchas contra la dominación y la represión, los derechos humanos, los problemas ligados a la pobreza, así como los de la identidad cultural.

Sin embargo, hay que reconocer que el esfuerzo se ha volcado, en la mayor parte de los estudios, al análisis de experiencias restringidas que llevan a una visión fragmentada de la realidad y que la noción de movimientos sociales ha servido para comprender cualquier esfera de la vida social. Ello se complica si se considera la dificultad analítica que presentan estos trabajos al no establecer criterios para distinguir entre comportamiento colectivo y movimiento social o establecer categorías diferenciadas de acción colectiva. La mayor parte de los autores clasifica a las movilizaciones de acuerdo con las reivindicaciones o con el tipo de actor movilizado, confundiendo al actor colectivo movilizado en una sociedad histórica con el concepto de movimiento social. Se olvidan así las enseñanzas derivadas de las distintas teorías que señalan que todo movimiento social resulta de alguna forma de comportamiento colectivo, pero no toda acción colectiva indica la existencia de un movimiento social.

En resumen, el panorama muestra que la perspectiva de los movimientos sociales merece una revisión con objeto de esclarecer el contenido de una noción, que por crisis de modelos teóricos o por razones coyunturales o históricas parece hablar de muchos temas inconexos.

En este trabajo trataremos de responder parcialmente a esta confusión; para ello presentamos algunos enfoques sobre la acción colectiva desarrollados en el marco de la sociología. La comprobación de una existencia a trabajos previos y el hecho de que numerosos estudios desestiman investigaciones efectuadas en ámbitos académicos distintos y estigmatizados en una época, por no ser marxistas y hoy por serlo, pensamos, justifican esta revisión.

Aunque es posible suponer que los trabajos derivados de la teoría de los movimientos sociales surgen como respuesta a las dificultades detectadas en las corrientes anteriores y en este sentido se inscriben en otras raíces del pensamiento social, es importante recuperar la tradición

de la acción colectiva para evaluar un campo de conocimiento que, por su sobreutilización, puede perder sentido.

Se trata de hacer un alto, de explicitar las principales perspectivas de análisis para ubicar los ejes de la discusión, los significados de la construcción del objeto en las distintas perspectivas, los problemas metodológicos, así como de evaluar los hallazgos empíricos que ofrecen los distintos autores. El alcance del presente trabajo es restringido y, en este sentido, debe concebirse como el comienzo de una discusión que necesariamente debería ser colectiva.

## II. Perspectivas de análisis

Según la perspectiva que se utilice, la noción del movimiento social puede referirse a grandes transformaciones sociales o a procesos centrados en lo cotidiano. Lo cierto es que cuando se estudia la acción colectiva, el investigador enfrenta un proceso indeterminado cuya dirección y alcance es difícil predecir. De ahí que la construcción del objeto tenga más sentido en el marco de perspectivas teóricas generales que a partir de los actores que participan de una acción.

En el caso de este trabajo proponemos una revisión de distintos enfoques provenientes de la sociología de la acción colectiva de acuerdo a la siguiente clasificación:<sup>5</sup> a) perspectivas que analizan la acción tomando como referencia el sistema social; b) las que se centran en el análisis de la movilización; c) las que privilegian la noción de conflicto e identidad para explicar la acción.

### *A. Perspectivas que analizan la acción tomando como referencia el sistema social*

En esta perspectiva las nociones de sistema social, crisis, adaptación y creatividad son centrales para explicar la acción colectiva. A ésta y a los

<sup>5</sup> La selección de los autores que ubicamos en las distintas perspectivas estuvo guiada por nuestro conocimiento, seguramente parcial y selectivo, pero en general trató de respetar los siguientes criterios: a) que se tratara de trabajos sociológicos; b) que hubiera un marco de análisis general explícito; c) que significaran aportes a distintos niveles; d) se tratara de autores que trabajan en el campo de la acción colectiva. Por tanto, no se incluyeron las grandes teorías de la acción, como la desarrollada por Weber, cuyo trabajo sobre la dominación y el liderazgo podría arrojar luz sobre muchos problemas; igualmente no se incluye a autores marxistas, sobre todo los teóricos de la política (Trotsky, Lenin, Gramsci), cuyos aportes merecen una evaluación aparte en vista de los acontecimientos actuales en los países con régimen socialista.

movimientos sociales se les considera como respuestas no institucionalizadas a tensiones del sistema social, provocadas por crisis o procesos de modernización.

Si bien podemos ubicar en este enfoque a los primeros pensadores que trabajaron el tema (Le Bon, por ejemplo), no es sino en la escuela de Chicago, primero y posteriormente en el marco del estructural-funcionalismo, donde se desarrolla el tema de la acción colectiva y de los movimientos sociales como un área de investigación con personalidad propia dentro de la sociología. La contribución de aquella escuela no es muy conocida en América Latina debido a que ciertas revisiones teóricas la han deformado y quizá, porque se ha tendido a confundirla con trabajos de orientación parsoniana y funcionalista.

La escuela de Chicago, encabezada por Robert Park en sus primeros años<sup>6</sup> —y cuyas características sólo se mencionarán—, merecería un análisis detallado, pues aporta las primeras definiciones y marcos de análisis relacionados con la acción colectiva, los cuales curiosamente coinciden en puntos muy precisos con hallazgos teóricos y sustantivos de investigaciones actuales.<sup>7</sup>

Es interesante recordar algunos de los conceptos elaborados por ciertos autores adscritos a esta corriente para dar sustento a estas afirmaciones. Park, por ejemplo, afirma que la acción colectiva debe considerarse como parte integral del funcionamiento de la sociedad y como expresión de los procesos más amplios de cambio social. De ahí que para los distintos autores que desde la escuela de Chicago han mantenido viva la sociología de la acción colectiva, el estudio del comportamiento colectivo consistiría en “el análisis de una situación relativamente inestructurada y de sus productos, tales como protestas, reuniones, modas, huelgas y movimientos sociales” (Broom y Selznick, 1958, cap. 8).

Partiendo de estas ideas, se caracteriza la acción colectiva como un comportamiento que no está totalmente controlado por las normas ni por las relaciones sociales que definen el orden social (Turner, 1964) y en este sentido se trataría de actividades que dan origen a *nuevas* normas y valores que se expresan en *cambios subterráneos* a los cuales la gente

<sup>6</sup> No se puede dejar de mencionar que Park es discípulo de Georg Simmel en Alemania y que una vez de regreso a Chicago orienta a sus alumnos a estudiar huelgas, actas religiosas, comportamientos marginales, revoluciones, etcétera.

<sup>7</sup> Más aún, habría que evaluar los métodos de trabajo e incluso las técnicas de investigación utilizadas por los autores de esta escuela, pues a primera vista no difieren de las que se utilizan en la actualidad. Los aportes de esta escuela han sido criticados, sobre todo en el área de los estudios de la ecología urbana y menos en el campo de la acción colectiva (véase Graf-Meyer y Joseph, 1984).

*responde* creando nuevas perspectivas, nuevas líneas de acción y nuevas instituciones (Broom y Selznick, 1958).

Cabe señalar, además, que para estos autores el comportamiento colectivo es parte de la vida cotidiana de una sociedad y de allí que no siempre asuma formas dramáticas de expresión. En efecto, es un quiebre de las formas establecidas de comportamiento de la vida cotidiana, donde aparecen necesidades o situaciones que al no poderse satisfacer o explicar con las definiciones culturales existentes producen un malestar que se comunica, se socializa y puede generar nuevas formas de comportamiento de significados, de expresión (Blumer, 1946:177). La situación inestructurada y la carencia de referentes culturales comunes hace a la gente maleable por los otros y los estimula a desarrollar respuestas distintas de las establecidas.

Sólo cuando de este malestar compartido se deduce una voluntad de poder para buscar un orden social nuevo, sólo en este caso los autores hablan de un movimiento social (Blumer, 1946:202-220). La escuela de Chicago muestra un especial cuidado en el análisis de la acción colectiva al hacer hincapié en la definición de criterios para ubicar el origen, los distintos tipos de acción colectiva así como para caracterizar a los movimientos sociales. Killian (1964:428) concluye que el movimiento social es “una de las formas en las cuales se manifiesta el cambio social y una de las formas en que se produce el cambio cultural”. Concretamente, para este autor “el movimiento social es la interacción de seres humanos conscientes que emergen de una colectividad” (Killian, 1964:427).

El rescate de algunas de las ideas producidas por la escuela de Chicago tiene valor no sólo como parte de la historia del pensamiento social sino porque permite mostrar que varias de sus definiciones se entrecruzan con enfoques y hallazgos actuales.

Las contribuciones de esta escuela presentan interés para la investigación porque: 1) desarrolla criterios para distinguir las características propias de un movimiento social de otros tipos de acciones colectivas, es decir, no toda acción colectiva es un movimiento social; 2) los movimientos sociales son formas de acción colectiva con características propias; están ligados a procesos de cambio en las relaciones sociales y en la cultura; 3) el surgimiento de los movimientos sociales se relaciona con cambios estructurales (Park) o con la crisis de un orden (Blumer, Turner). En este sentido, los movimientos sociales se consideran respuestas a cambios de tipo societal; 4) aun cuando el origen de los movimientos sociales se encuentran en procesos estructurales, su desarrollo se produce en la vida cotidiana; 5) los movimientos sociales presentan una propuesta de un nuevo orden, y en este sentido se conciben como productores de cultura, de nuevas relaciones sociales.

La concepción de los movimientos sociales como productores de procesos de transformación social atraviesa el pensamiento de la escuela de Chicago desde Park (1920) a Turner (1964) quien, al definir un movimiento social insiste en el carácter consciente y explícito de demandas compartidas para cambiar el orden social o algunos aspectos de él.

En la perspectiva que analiza la acción colectiva en referencia al sistema social, otro autor que tiene significación es, sin duda, Neil Smelser (1963). Él se propuso construir una teoría sobre el comportamiento colectivo en el marco del estructural-funcionalismo realizando un trabajo sistemático que logró estandarizar una terminología que han aceptado los que se dedican al tema y formalizar un esquema analítico que permite distinguir las distintas formas que asume la acción colectiva. Su proyecto consistió en separarse de lo que llama "la historia natural de los movimientos sociales", es decir, de los hechos históricos, con objeto de evitar la reducción del movimiento a una descripción de su secuencia empírica y abocarse a la construcción de un modelo lógico para definir los factores determinantes del comportamiento colectivo y de sus resultados. Smelser ubica los orígenes de la acción en una serie de factores macro-estructurales (tensiones, permisividad del orden social, quiebre de los controles sociales, factores precipitantes) que desestructuran las relaciones entre los componentes de la acción, de modo que la acción institucional y los medios para superarla entran en conflicto. Para este autor el comportamiento colectivo consistiría en una movilización que tiende a redefinir la acción social por medio de las creencias generalizadas. Éstas reducen, así, la ambigüedad producida por la tensión estructural, generan una cultura común y preparan a los individuos para la acción colectiva. Debido a que los componentes de la acción (valores, normas, organización, recursos) se organizan en el modelo smelseriano de acuerdo con niveles de especificidad, las movilizaciones colectivas tendientes a redefinirlos asumen formas y niveles distintos, que van desde el pánico y el furor hasta los movimientos normativos y valorativos.

En estas condiciones las acciones colectivas se definen como respuestas que luego se procesan en el sistema social para volver al orden. La propuesta de Smelser es abstracta y general. Ello impide conocer, por ejemplo, cuáles son o en qué esfera se ubican las características estructurales que condicionan respuestas a las tensiones y cuáles son los patrones que definen cierto tipo de acción. Sin embargo, y a pesar de la generalidad de sus conceptos, Smelser logra definir dos categorías básicas, la movilización (acción) y su contraparte, el control social, aun cuando no llega a relacionarlas con la situación de conflicto que daría la clave para comprender los orígenes y el desarrollo de la acción. Es decir, si bien Smelser identificó los principales elementos que integran un análisis de

la acción colectiva no consideró las relaciones entre el actor movilizado (movilización en su lenguaje) y el orden social (control social) en una teoría que incluyera el conflicto como parte de un proceso dinámico. Su propuesta, en este sentido, privilegia las condiciones del surgimiento de la acción colectiva y esta última se trata como una variable dependiente de cuyo contenido poco nos habla.

De acuerdo con Oberschall (1973), cuando critica la obra de Smelser, se puede afirmar que su esfuerzo de formalización significó un largo paréntesis en los estudios sobre acción colectiva pues "cuando los investigadores comenzaban a considerar el comportamiento colectivo como parte de la vida cotidiana Smelser enfatizó el tema desde la discontinuidad y [...] cuando la escuela de Chicago, y especialmente Turner privilegiaba la diversidad de creencias, valores e intenciones y los distintos niveles de participación de la gente, Smelser introdujo los elementos homogeneizadores a través de la introducción del concepto de creencia generalizada" (Oberschall, 1973:22). Así, el esquema propuesto por Smelser paralizó el análisis por varios años ya que resultó atractivo por su nivel de generalidad, pero demasiado abstracto para dar cuenta de las características específicas que contribuían al origen de los movimientos sociales y de los rasgos que asumen las movilizaciones en la historia.

No hay que olvidar que las dos corrientes expuestas se desarrollan en Estados Unidos durante la fase de urbanización salvaje de ese país y en un periodo caracterizado por las luchas orientadas hacia la igualdad de derechos y la integración. Por ello, si bien estas escuelas presentan diferencias fundamentales en sus concepciones teóricas y en los abordajes metodológicos, se unen en su diagnóstico sobre los orígenes del comportamiento colectivo, en su interés por definir la influencia de estos cambios en las motivaciones, aspiraciones, en la generación de las demandas sociales, y en general, en la relación que asume la acción colectiva con las transformaciones socioeconómicas. Dicha acción se origina en los quiebres del orden y de los mecanismos de control social producidos por las transformaciones rápidas, las crisis económicas, la modernización. Como resultado, los individuos sufren tensiones, frustraciones, privaciones que los inducen a participar en acciones colectivas, a crear nuevos modelos de relación social. De allí que estos autores, en especial los provenientes de la escuela de Chicago, hayan investigado el tema de la participación en acciones colectivas y movimientos sociales dando importancia a los procesos de comunicación, difusión, contagio, etc., que permiten el surgimiento de demandas comunes, así como a la formación de valores alternativos compartidos frente a la incertidumbre producida por el cambio.

Así, el comportamiento colectivo analizado por estas dos escuelas

no se visualiza como una respuesta irracional, sino como un comportamiento “anormal” (es decir, como algo distinto al ejercicio de las expectativas de conducta). Prueba de ello es que la acción colectiva en todos los autores sigue un “ciclo” que comienza como respuesta a un desequilibrio estructural y termina con un retorno a la integración, gracias a una redefinición de alguno de los componentes de la acción.

Esta visión compartida de ciertos supuestos explica por qué orientaciones que pueden parecer diversas pueden agruparse en el enfoque situación-actor, donde la acción queda reducida a su dimensión de respuesta a situaciones.<sup>8</sup> En este enfoque la situación estructural aparece como exterior o previa al actor, y actúa, en el aspecto analítico, como un estímulo que produce la acción. El actor movilizado, en consecuencia, no aparece participando en la definición de la situación estructural ya que el análisis no integra la noción de conflicto, ni las relaciones sociales y las solidaridades que se forman alrededor de la “situación” (modernización, crisis) que permitirían explicar la lógica de la acción colectiva.

En resumen, si bien la escuela de Chicago logró avances en la investigación empírica y en la definición del campo de estudio y si Smelser construye un esquema analítico a partir del estructural-funcionalismo con las ventajas y debilidades que señalamos, ambas perspectivas plantean, desde su visión particular, una concepción de la acción colectiva y de los movimientos sociales como defensa o adaptación a un sistema social que cambia.

### *B. Perspectivas que se centran en la movilización de recursos*

A diferencia del modelo clásico que se centró en las condiciones que facilitan la aparición de los movimientos sociales, dejando en la sombra el análisis de la acción, la perspectiva de la movilización de recursos desplaza el objeto y se ocupa prioritariamente del proceso de formación y desarrollo de la acción.

<sup>8</sup> Se trata de un problema muy común en las investigaciones sobre el tema. La teoría de la modernización, por ejemplo, afirma que a mayor crecimiento económico, mayor urbanización, mayor posibilidad de conflicto y por ende mayores probabilidades de acciones colectivas. La idea que hay detrás es que en estas situaciones hay una ruptura de las normas que regulan las relaciones tradicionales y que este estado o produce anomia y desorganización social o acciones colectivas encaminadas al logro de demandas sociales y políticas. Pero también este mecanismo se puede encontrar en el estructuralismo marxista, donde primero se define a los actores de acuerdo a su posición de clase, de la cual se deduce posteriormente su acción. Por ejemplo, de un estado de explotación se deriva un determinado comportamiento de las clases obrera o de la burguesía. Así, la ley de la explotación puede hacer desaparecer a actores complejos, heterogéneos y que no se definen sólo a partir de este supuesto.

Se trata de una perspectiva desprovista de un sentido finalista de la historia, que intenta rescatar la dimensión racional de la acción y que, desde la perspectiva empírica, ha permitido avances importantes en el conocimiento de ciertos aspectos clave de la temática.<sup>9</sup> En efecto, esta corriente, pariente de la sociología de las organizaciones, destaca el análisis de variables objetivas como organización, estrategias, interés, recursos y oportunidades para dar cuenta de las movilizaciones en gran escala.

Esta orientación se desarrolla especialmente en Estados Unidos, donde los movimientos sociales de los sesenta y setenta ponen en jaque los supuestos de las perspectivas anteriores. Las movilizaciones que caracterizan esos años se originaron en un ciclo de auge económico y sus miembros más importantes provenían de sectores sociales integrados, es decir, de las clases medias educadas. Se trataba, en consecuencia, de movilizaciones que difícilmente podían explicarse a partir de los supuestos de la frustración o del desfase entre cambio estructural y comportamiento. Los actores de las movilizaciones eran socialmente integrados y, por tanto, parte del centro mismo del sistema.<sup>10</sup>

Esta corriente se opone a la concepción tradicional que concibe al movimiento social como un grupo comprometido con una ideología o motivado por un conjunto de demandas para actuar y promover el cambio. Para ellos el análisis debe centrarse en la interacción estratégica de actores colectivos con intereses opuestos. Quizás porque muestra el lado "negro" de los actores sociales y porque expropia a los movimientos su carácter heroico y emotivo, en México y en América Latina esta orientación se ha utilizado escasamente. Tal omisión, sin embargo, se debe analizar ya que a partir del enfoque original surgen discusiones que han permitido integrar la dimensión racional de la acción al estudio de los movimientos sociales (véanse Dubet, 1989 y Tilly, 1985, por ejemplo).

El enfoque de la movilización de recursos parte del supuesto de que las quejas, las injusticias y por tanto las demandas son parte integrante de la vida social, y no explican el surgimiento y el desarrollo de acciones colectivas o movimientos sociales.

Inscribiéndose en la teoría de la acción racional (Olson, 1965) que argumenta que la movilización es una respuesta basada en una evaluación de los participantes sobre el costo-beneficio del estar de acuerdo o en desacuerdo con el *statu quo*, esta escuela destaca que los movimien-

<sup>9</sup> Los autores que forman parte de esta corriente son Oberschall (1973), Tilly (1978) y Zald y McCarthy (1982).

<sup>10</sup> Un excelente trabajo que analiza el surgimiento de esta perspectiva es el de Didier Lapeyronie (1989).

tos dependen, sobre todo, de los recursos, la organización y de las oportunidades para actuar. La perspectiva se construye en torno a la hipótesis de Olson. Los distintos autores modifican, adaptan o refutan al actor racional, que utiliza la lógica utilitaria; en consecuencia, flexibilizan el modelo del cálculo individualista y reconocen la importancia del papel de los grupos y las solidaridades en el origen y desarrollo de las acciones. Agregan así la dimensión no racional a la explicación de la acción colectiva.

Según esta concepción, la sociedad es un mercado de recursos económicos, sociales e ideológicos y tanto los actores inconformes como sus adversarios desarrollan estrategias racionales para obtener la satisfacción de sus demandas o proteger sus intereses.

El proceso central es el de la movilización de recursos. Éste refiere al conflicto que se produce entre sectores sociales por su control, a la lucha por transferirlos de un grupo social a otro, de un campo de acción a otro. El proceso de movilización se conforma, por un lado, alrededor de individuos insatisfechos con un orden, que acumulan fuerza y desarrollan estrategias para incrementarla; y, por otro, por actores que defienden el orden y manejan el control social porque son ellos quienes controlan los recursos que están en juego.

El concepto de recurso es central en esta perspectiva teórica, que propone distinguir entre los recursos materiales (ingreso, trabajo, etc.) y no materiales (autoridad, valores compartidos, redes sociales, capacitación legal, etc.). Supone que la gente los maneja en la vida cotidiana y que se crean, consumen, intercambian. De ahí que, en una situación de conflicto, los recursos se unan para conseguir otros recursos.

Una de las ventajas de los autores que se inspiran en esta corriente es el reconocimiento del conflicto como parte integrante de la vida social y la concepción de la acción colectiva como un juego de relaciones de poder. De ahí que el éxito o fracaso de una movilización se pueda detectar cuando el grupo ha incrementado sus beneficios o se le reconoce como actor político. En este sentido, los autores pertenecientes a esta perspectiva definen a los movimientos sociales como un conjunto de acciones estratégicas orientadas a presionar o a integrarse al sistema político, y en la práctica la acción queda reducida a lo político. De esta manera, la dimensión principal que logran rescatar es la orientación político-institucional de los movimientos. La importancia de la dimensión política es tan grande que los distintos autores clasifican a los actores de acuerdo con su posición respecto del sistema político (Lapeyronie, 1989). Oberschall, por ejemplo, utiliza el término movilización para designar a la acción de los grupos que están adentro y afuera y afirma que los oponentes se transforman en miembros del sistema político gracias a la

acción colectiva (Tilly, 1978:98). Gamson también se refiere al adentro y al afuera, al afirmar que los que están en el interior del sistema político son los miembros y que los oponentes no tienen acceso a las decisiones rutinarias que los afectan ya sea porque los han rechazado a pesar de que hayan tratado de acceder a ellas o porque sus tentativas y estrategias han sido torpes e ineficientes (Gamson, 1986:140-141).

Si nos quedáramos con esta dimensión de la perspectiva de la movilización de recursos, podría afirmarse que ésta consiste en estudiar la acción colectiva ya sea como una organización que utiliza recursos con el fin de aumentar su poder o su participación en las decisiones, para utilizarlos en beneficio de un grupo particular, o que la acción colectiva se concibe como una lucha por la promoción de intereses individuales.

Si bien el modelo utilitarista presenta ventajas para analizar empíricamente las estrategias basadas en el cálculo racional llevadas a cabo por los movimientos y sus adversarios, plantea también grandes dificultades analíticas al no poder responder sobre la cuestión del origen y la lógica de la solidaridad del grupo. Aunque se pueda comprender que la acción colectiva sea un medio para el logro de ciertos intereses, no puede pensarse que la acción colectiva sea algo completamente externo y manipulable de manera individual. Más aún, si se piensa en términos temporales, es evidente que la participación en una acción colectiva presenta fuertes costos para los primeros que se involucran en ella y los beneficios son poco probables. A fin de cuentas la dificultad de este modelo, que supone la intemporalidad, es que no logra explicar por qué la gente participa o se compromete en una acción colectiva. La racionalidad instrumental, como lo afirma Cohen (1985) se transforma en la camisa de fuerza de este enfoque.

Los teóricos de la movilización responden que es necesario redefinir la teoría de Olson, ya que la investigación empírica señala que los individuos que participan en acciones colectivas no funcionan necesariamente de acuerdo con una lógica de mercado, sino que están previamente organizados. Así, Oberschall habla de la existencia de grupos asociativos organizados previamente para la consecución de intereses distintos de los que los llevan a participar en una acción colectiva, mientras Tilly se refiere a la existencia de redes solidarias previas. Este autor habla del "catnet", es decir de categorías sociales que definen identidades comunes gracias a la existencia de redes de solidaridad, o lo que McCarthy y Mayer (1982) llaman la formación de la conciencia para designar el sentido de identidad que da el poseer o no un recurso.

De ahí que la lógica del cálculo sólo pueda integrarse al análisis de la acción colectiva en sus interacciones con el adversario pero no sea suficiente para entender por qué la gente participa o cuáles son las bases

de su participación. Esta limitación sin embargo, se ha matizado y, en la práctica, esta perspectiva ha producido interesantes análisis históricos y actuales, que con frecuencia han superado el enfoque original. Tal es el caso de los estudios realizados por Tilly, quien reconstruye la "acción colectiva" y el "repertorio cultural de oportunidades" de acción que se ofrecían a los distintos sectores sociales en el siglo XIX. En sociedades donde se implantaba la economía capitalista y se formaba el Estado-nación, Tilly conceptualiza la acción a partir de una lógica donde, por un lado, los actores se movilizan para buscar beneficios materiales y poder político y, por otro, desarrollan acciones defensivas contra la amenaza que significa la modernización para las comunidades tradicionales. Según Tilly, la perspectiva de movilización de recursos es útil para detectar nuevas formas de organización cotidiana, la creación de intereses comunes y, sobre todo, para articular procesos macroestructurales con repertorios de acción específicos y con reorganizaciones de la vida diaria de la gente. Sin embargo, las investigaciones de este autor sobrepasan el análisis del cálculo estratégico que le sirvió de punto de partida, ya que introduce la noción de grupo y red solidaria, como un antecedente previo a la aplicación de su enfoque teórico.<sup>11</sup> Estos autores están unidos por la necesidad de contar con elementos teórico-metodológicos para realizar investigación empírica, sea histórica o actual. Se trata de un grupo unido por el interés empírico y en este sentido puede considerarse como opuesto, en muchos aspectos, al grupo que trabaja el tema de los nuevos movimientos sociales que, en general, ha optado por enfoques hermenéuticos (al respecto véase Cohen, 1985).

En resumen, dentro de esta perspectiva existen autores que destacan la concepción del actor racional-utilitario, muy cercano a la visión olsoniana, mientras otros crean modelos de conflicto político más flexibles que introducen la existencia de grupos solidarios con intereses compartidos como base de la acción colectiva. La relativa heterogeneidad que caracteriza a esta corriente hace difícil tomar una posición única frente a ella. Sin embargo, es necesario tener en cuenta algunas consideraciones para pensar la realidad latinoamericana.

En efecto, si bien este enfoque se ha aplicado con un cierto éxito para analizar las estrategias y el logro de ciertas demandas vía reforma, o para detectar el cambio de poder hacia los grupos movilizados, contiene limitaciones que es necesario señalar, al menos para el caso de Amé-

<sup>11</sup> Otros autores que han utilizado esta perspectiva con excelentes resultados son: Barrington Moore, Oberschall, Gamson. Los autores que han tomado como punto de partida esta perspectiva de análisis están conscientes de sus limitaciones; véase por ejemplo Tilly (1985).

rica Latina. En primer lugar, el supuesto de que los actores movilizados y los que representan el control social entran al conflicto en igualdad de condiciones, lleva implícita la referencia a sociedades que poseen sistemas económicos y político-institucionales relativamente abiertos, donde no es la adscripción o la capacidad de reproducción lo que define la identidad de los actores, sino la competencia económica y la ciudadanía política (Dubet, 1989:525-530). De ahí que su aplicación sea más difícil en sociedades donde las identidades, las redes sociales, las organizaciones preexistentes (recursos, en el lenguaje de esta perspectiva) se fundan en principios tradicionales, difícilmente intercambiables en el mercado. En segundo lugar, cuando las sociedades atraviesan por crisis de reproducción y la escasez de recursos segmenta a los sectores que comparten una insatisfacción o, en el lenguaje de esta corriente, una evaluación costo-beneficio, dicha crisis enfrenta a los sectores insatisfechos en una competencia por conseguir recursos, disminuyendo por consiguiente su capacidad de crear solidaridad (un recurso) y mantener su poder de negociación. En tercer lugar, la viabilidad de este enfoque debe evaluarse cuando se aplica a sociedades o situaciones donde los distintos sectores sociales no han logrado una ciudadanía plena que garantice la participación en el conflicto en igualdad de condiciones mediante canales legítimos, pues supone que los actores entran al juego compartiendo reglas del juego y garantías institucionales. Esta limitación, sin embargo, ha quedado superada en estudios que, ubicándose en este enfoque, son menos ortodoxos. Son los casos de Tilly o de Barrington Moore, quienes, a partir de la historia comparativa, muestran justamente que su aplicación es posible cuando los sectores subalternos buscan la ciudadanía o el reconocimiento como actores políticos.

Finalmente, además de este supuesto clave, implícito en la perspectiva de la movilización de recursos, es importante señalar que algunos estudios empíricos contradicen la idea de limitar el análisis de los movimientos sociales a las estrategias de administración de recursos y a las características organizacionales, incluso en sociedades desarrolladas. Así, por ejemplo, estudios longitudinales de grupos movilizados en Estados Unidos muestran que en ellos se forman oligarquías que bloquean la participación de la base y la militancia, fuente de creatividad del movimiento. Así, uno de los recursos, la organización del grupo, se transforma en obstáculo para el movimiento (Piven y Cloward, 1979). Kowaric (1980) confirma este hallazgo en el caso brasileño, pues muestra que en situaciones de crisis económica y en un medio corporativo la base de los movimientos populares, orientados hacia la satisfacción de necesidades, no participa en la toma de decisiones y los líderes pasan a formar parte de la estructura de poder.

Como consecuencia de las observaciones anteriores, no se puede olvidar que otros estudios han mostrado que el origen y la dinámica de los movimientos sociales están relacionados con procesos macrosociales que marcan y moldean las distintas formas que asumen, sin que la gente que participa esté necesariamente consciente de ello. De ahí que, si bien el control de los recursos y la capacidad de las estrategias para el logro de ciertos intereses constituyen un nivel de análisis para definir la formación de solidaridades básicas y de identidades entre actores que luchan por el control de ciertos recursos, esta perspectiva no agota el análisis. En efecto, en esta perspectiva la participación en movilizaciones colectivas parece reducirse a explicar la acción política, definida en términos de cálculo estratégico, sin aclarar por qué una categoría social comienza a reconocerse como parte de un grupo. Es decir, no resuelve el problema de la identidad (Cohen, 1985), de la conciencia de grupo o de la reivindicación de un proyecto de transformación, temas todos ligados al carácter no instrumental del comportamiento humano. Esto plantea una incompatibilidad teórica, ya que mantener el supuesto de racionalidad instrumental y el de la formación de grupos y solidaridades en dos niveles separados lleva a desarticular o a reducir el análisis de la acción social a lo político.

La potencialidad de este enfoque para la investigación empírica no ha sido, sin embargo, evaluada en América Latina, donde los autores, quizá por el carácter heterogéneo de las acciones colectivas, han destacado sus dimensiones heroicas o de oposición a los sistemas de dominación, despreciando las estrategias racionales o los significados de estas acciones si se las evalúa en término de la integración y la movilidad social y política.

En consecuencia, la perspectiva de la movilización de recursos presenta una brecha aún poco transitada por la investigación latinoamericana, que sería importante explorar para recuperar, como lo hacen Tilly o Moore, las dimensiones políticas de los conflictos, en los cuales lo que está en juego es el acceso a la ciudadanía y/o el rescate de la dimensión racional en las estrategias por la consecución de recursos.

### *3. La perspectiva de los nuevos movimientos sociales*

Esta perspectiva se origina en Europa y en ella se agrupa un conjunto de autores que trata de poner en evidencia las dimensiones culturales y sociales de las prácticas colectivas. Para estos estudiosos los actores sociales, por medio de sus prácticas colectivas, reinterpretan normas y valores, creando nuevos significados para los estrechos límites de la acción política y redefiniendo lo público y lo privado.

Cada autor o escuela desarrolla un enfoque orientado a comprender los significados de las prácticas colectivas, de los escenarios de conflicto, basándose en distintas posturas interpretativas, aun cuando es claro que no presentan una unidad metodológica. Comparten un desencanto con el marxismo estructural que privilegió el análisis de las contradicciones de las clases definidas desde la economía, y de la crisis como el espacio-tiempo donde se presentaba el comportamiento colectivo. También confluye en ellos el interés por comprender las movilizaciones que se desarrollan en sus países a fines de los años sesenta, las cuales aparecieron como nuevas y distintas si se las comparaba con las señaladas por la teoría o con las promovidas por la izquierda política.

En efecto, los actores movilizados provenían de las clases medias, aun cuando su origen de clase no definía su integración al movimiento; las demandas se relacionaban con la democratización de la vida social y con la redefinición de la esfera privada, dejando de lado temas como la transformación económica o el juego por el control del poder estatal; las formas organizativas, normalmente, se limitaron a espacios o asociaciones pequeñas, voluntariamente plurales, y democráticos, aun cuando el costo de esta opción fue, a veces, poseer organizaciones frágiles, o ineficientes o carentes de cobertura amplia.

El interés de los nuevos actores es que su práctica se convierte en un fin en sí mismo para llevar a cabo las transformaciones que se proponen en la sociedad civil, sin preocuparse por el proceso de construcción futura, ya que esto sacrificaría el presente.

El autor que más sistemáticamente se ha dedicado al tema es, indudablemente, Alain Touraine, cuyo trabajo sobre los movimientos sociales presenta las ventajas de estar incorporado a una teoría general sobre la sociedad, de haber desarrollado un método para su estudio, el de la intervención sociológica, y de haber formado investigadores que posteriormente desarrollaron estudios y reflexiones propias sobre el tema. El trabajo de Touraine y, en general, el de los autores dedicados al análisis de los nuevos movimientos sociales, arranca con una crítica a las teorías que buscan un principio de unidad, un lugar central de la sociedad para explicar la acción social. Para los funcionalistas, por ejemplo, ése fue el consenso de valores y la integración social; para los teóricos de la dependencia, la dominación externa; para otros autores, la dominación estructural interna.

Esta visión de la sociedad, que orientó a la sociología a buscar leyes naturales de la historia y a definir a los actores como portadores de una necesidad que los enfrentaba en su acción a una carrera de obstáculos (sociales, económicos, culturales) que debían salvar o superar, es rechazada por los autores de esta corriente. Se orienta hacia la búsqueda del

actor, del sujeto que no está definido por criterios externos, y destaca su capacidad para producir y crear fuera de referencias metasociales.

En la sociología tradicional, como en el teatro clásico, la sociedad estaba dominada por el destino, por un principio central, el amor, las pasiones; la sociedad contemporánea, en la visión de estos autores, parece no tener texto. Ello no significa que desconozcan las estructuras de dominación o los procesos de reproducción. Touraine, por un lado, libera al actor en la medida en que lo ubica en sociedades con capacidad para actuar sobre sí misma, es decir, donde el trabajo, el conocimiento, la inversión, no sólo están orientados a transformar la naturaleza o la economía, sino que también se constituyen en un campo de creación simbólica y cultural. Por otra parte, señala el peso de los procesos de reproducción ubicando, en sus fallas, los espacios para la creatividad colectiva. Para Touraine, en las sociedades concretas hay zonas de exclusión, pues el sistema no controla ni absorbe todas las conductas. Es justamente en estas zonas donde los actores crean las posibilidades de romper con prácticas reproductivas. Así, se puede afirmar que en un primer momento el origen de la acción colectiva se ubica en la tensión entre reproducción de una práctica y que en un segundo momento esta acción, definida como una práctica social concreta, adquiere significados distintos, según sea el nivel del sistema social al que se oriente o refiera esta práctica.

De ahí que distingan tres formas de acción básicas según si éstas se refieren al sistema de acción organizacional, institucional o histórico.

En la primera de ellas, ligada al sistema de acción organizacional, los actores se definen como *categorías socioprofesionales* que reivindicaban cambios en las reglas y en el funcionamiento de la comunidad organizacional.

En el nivel del sistema político institucional los actores se definen como *grupo de presión o fuerza política* y su lucha se dirige a la reforma de las reglas y normas que rigen el funcionamiento de una sociedad.

En fin, en el nivel del sistema de acción histórico, es decir, en el lugar donde la sociedad produce las orientaciones sociales y culturales centrales, los actores colectivos se definen como *movimiento social* y la acción se orienta al control de la historicidad, que en la teoría se refiere a la capacidad de la sociedad de actuar sobre sí misma, a las formas que asume la acumulación, la inversión económica y a los modelos culturales que orientan las prácticas sociales.

Las distintas formas que asume la acción colectiva en las sociedades concretas dependen de las relaciones conflictivas entre actores que se enfrentan por el control de las organizaciones, por influir en las decisiones del sistema político-institucional o por controlar las orientaciones del desarrollo de esa sociedad.

De ahí que el centro del análisis de la acción en Touraine sean las relaciones sociales conflictivas.

La acción colectiva, en consecuencia, no se examina como respuesta a una situación dada sino como un comportamiento conflictivo, donde participan actores que cuestionan las relaciones sociales, las formas de dominación y los modos de apropiación de los recursos culturales. El movimiento social constituiría la forma más compleja de la acción social, pues se ubica en los conflictos centrales de una sociedad y se definiría como "un conjunto de interacciones orientadas normativamente entre adversarios que poseen interpretaciones opuestas y conflictivas sobre las reorientaciones de un modelo de sociedad pero que al mismo tiempo comparten un campo cultural".

De ahí que las nociones de *identidad* —entendida como la definición que hace el actor sobre sí mismo—, *oposición*, entendida como la definición de adversarios y de aliados en la lucha, así como la de *totalidad* —entendida como proyecto— sean básicas para el análisis de los movimientos sociales.<sup>12</sup>

Debido a la dificultad de analizar las relaciones sociales a partir de métodos tradicionales y con objeto de develar los significados de la acción colectiva, que en la práctica concreta se entremezclan, Touraine desarrolla el método de la intervención sociológica.<sup>13</sup> Éste intenta extraer y elaborar el sentido de las prácticas sociales a partir de la formación de grupos formados por sociólogos y participantes del movimiento que confrontándose con aliados y adversarios analizan el significado de su lucha.

El papel del sociólogo en estos grupos consiste en elaborar hipótesis sobre la naturaleza de la acción colectiva que se estudia y sobre todo acerca del vínculo entre esa acción y el movimiento social central. La hipótesis sobre la centralidad del movimiento orienta la investigación para definir el tipo y el sentido de la acción que se analiza y permite a los actores involucrados reelaborar el análisis de su lucha.

El enfoque teórico-metodológico propuesto por Touraine, ya presente en su principal trabajo, *Producción de la sociedad*, tuvo gran influencia no sólo en sus discípulos europeos, sino también en América

<sup>12</sup> Sobre estas nociones y sus relaciones analíticas, véase Alain Touraine (1978).

<sup>13</sup> Para una explicación de los principios y de la justificación de este método, véase Touraine (1986 y 1978:181-296). En cuanto a la aplicación de este método, véase especialmente a Touraine *et al.* (1982). Si bien los autores analizaron otros movimientos con el método de la intervención (antinucleares, luchas occitanas en Francia, Solidaridad en Polonia), es en este libro donde es explícita con mayor detalle la aplicación del método y las conclusiones que se derivan de ella.

Latina.<sup>14</sup> La opción de presentar aquí los grandes trazos de su trabajo sobre la acción colectiva obedece a la necesidad de reconocer el origen de una teoría, que ha marcado la orientación de un grupo importante de investigadores latinoamericanos, y que por razones, a veces banales, como la inexistencia de traducciones, no se conoce en profundidad.<sup>15</sup>

### III. Notas finales

La revisión de las distintas perspectivas desarrolladas alrededor de la sociología de la acción colectiva, presentadas en este trabajo, intenta contribuir a la discusión de un campo de estudio que, como dijimos en la introducción, por sobreutilización, requiere repasarse. La recuperación de enfoques, tendencias y problemas de distinto tipo y nivel ha sido relativamente superficial en la medida en que el examen de autores no ha sido exhaustivo y porque abrió una de las tantas puertas posibles al intercambio de ideas.

En América Latina, algunos estudios han reducido cualquier acción grupal a la categoría de movimiento social. Otros han sido incapaces de calificar las distintas formas que asume la acción colectiva confundiendo niveles y orientaciones sin considerar un modelo o esquema mínimo de análisis. Lo triste del asunto es que los desarrollos teórico-metodológicos están allí, desde la escuela de Chicago hasta nuestros días.

Los autores que incluimos en las distintas perspectivas tuvieron la necesidad de definir la índole del comportamiento colectivo, de describir la clave de sus orígenes, de clasificarlos, así como de entender su significado a nivel societal.

Quizá lo que en primer lugar convenga subrayar, por su importancia en discusiones futuras, sea la observación de Smelser respecto a la necesidad de alejarse de "la historia natural de los movimientos sociales", privilegiando así la idea de construir modelos analíticos que, en el marco de una teoría, permitan poner al descubierto los elementos que conforman la acción colectiva. Si bien la acción colectiva o el movimiento social es un fenómeno empírico histórico, su análisis requiere considerarlo como resultado de una serie de procesos que posibilitan la unidad de la acción y su permanencia en el tiempo. Esto implica definirla como

<sup>14</sup> Para un análisis de las relaciones de Touraine con América Latina, véase Tarrés (1992).

<sup>15</sup> Sobre la importancia de la contribución de Touraine al análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales véase Jean Cohen (1985).

un campo de relaciones sociales donde están presentes el conflicto, las solidaridades, el cálculo, la organización, los recursos, los sistemas de creencias y de elaboración simbólica, así como otros actores sociales y políticos que facilitan u obstaculizan el desarrollo de una acción.

La escuela de Chicago considera la acción colectiva en el marco de la interacción social. Si bien el interaccionismo proporciona herramientas conceptuales y metodológicas para construir análisis fundados en las relaciones sociales, es débil en cuanto a nociones y elementos conceptuales que permitan anclar el razonamiento en perspectivas societales. Los enfoques de la movilización de recursos y la de los movimientos sociales también asientan su análisis en un campo de relaciones sociales. El primero, como vimos, rescata la dimensión estratégica de los diferentes actores y normalmente evalúa (o reduce) los resultados de la acción con respecto a los beneficios políticos obtenidos. El enfoque de los movimientos sociales distingue actores cuya acción refiere a distintos tipos de relaciones conflictivas y en esa medida rescata la pluralidad de significados presentes en la acción colectiva.

Como se puede observar, las distintas perspectivas convergen al considerar modelos analíticos de la acción colectiva que rescatan la dimensión relacional y evitan confundirla con el fenómeno empírico. En un segundo momento, sin embargo, es claro que la aplicación de los distintos modelos a un mismo comportamiento colectivo produce observaciones diferentes. El desafío consiste en generar perspectivas que recuperen la complejidad de una práctica colectiva así como los significados que le otorgan los actores y la sociedad. En su defecto, los estudios podrían utilizar las perspectivas que están a mano con las limitaciones y ventajas que contienen. Si bien esta última opción puede parecer menos creativa, sin duda es menos costosa, pues abre la posibilidad de llevar a cabo estudios comparables a los realizados por distintos autores en otras sociedades.

Otro asunto sobre el que es necesario discutir se refiere a los desafíos metodológicos que involucra la dimensión relacional del comportamiento colectivo. En efecto, el analizar las opiniones o las representaciones que la gente tiene sobre las relaciones sociales a partir de encuestas o entrevistas, tiene ventajas pero también limitaciones, pues lo que se capta son fenómenos y procesos individuales y no las relaciones sociales. Los estudios históricos comparativos, que utilizan fuentes secundarias, logran extraer el significado de una evolución. La ventaja de estos trabajos es que normalmente se centran en acciones cuyos resultados son conocidos. Es distinto el caso de las acciones colectivas contemporáneas, en la medida en que no se conoce de antemano ni su desarrollo ni su significación societal. Los análisis de estrategia, basa-

dos en la lógica del cálculo racional, normalmente se realizan con método y técnicas empíricas que logran captar la participación de la gente en las organizaciones y grupos, pero presentan limitaciones para captar el origen de la formación de solidaridades y redes así como las dimensiones ideológicas y normativas ligadas a la acción.

El método de la intervención sociológica propuesto por Touraine tiene la ventaja de centrarse en las relaciones sociales pero, al depender de la interpretación que hace el sociólogo junto con los actores, presenta limitaciones para verificar las hipótesis que se derivan de su aplicación.

Limitaciones similares presentan otros autores que han optado por enfoques hermenéuticos. Normalmente éstos postulan lógicas basadas en la articulación de significados. Aun cuando no se cuestiona la riqueza y validez de estos enfoques comprensivos, es necesario utilizarlos con lucidez, pues normalmente se originan en sociedades que suponen principios de organización social y significados culturales muy alejados de la realidad latinoamericana.

Como se puede observar, en la sociología el campo de estudios dedicado a la acción colectiva tiene una larga historia y se inscribe en el centro mismo de la disciplina, esto es, el análisis de las relaciones sociales y sus significados. Por eso sería quizá útil dejar de lado el término de movimiento social que denota un fenómeno histórico y hace olvidar que éste es sólo un tipo en la complejidad de acciones colectivas que se construyen en los distintos enfoques. En todo caso, cualquiera que sea el término que se utilice, en la actualidad el desafío es recuperar y resignificar en nuestras sociedades las perspectivas de análisis de la acción colectiva y de los movimientos sociales.

Recibido en abril de 1992

Revisado en mayo de 1992

Correspondencia: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F.

### **Bibliografía**

- Alberoni, Francesco (1981), *Movimiento e institución*, Madrid, Ed. Nacional, Serie Cultura y Sociedad, Teoría y Método.
- Blumer, Herbert (1946), "Collective Behavior", en Alfred McClung Lee, *New Outline of the Principles of Sociology*, Nueva York, Barnes and Noble Inc.

- Broom, Leonard, y Philip Selznick (1958), *Sociology*, Evanston, Ill., Row and Peterson.
- Castells, Manuel (1981), *Crisis urbana y cambio social*, México, Siglo XXI Editores.
- (1977), *Movimientos sociales urbanos*, México, Siglo XXI Editores.
- Cohen, Jean L. (1985), "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", en *Social Research*, vol. 52, núm. 4, invierno, Nueva York.
- Dubet, François (1989), "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", en *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, México, septiembre-diciembre.
- Evers, Tilman (1989), "Identity: The Hidden Side", en David Slater, *New Social Movements and the State in Latin America*, Países Bajos, CEDLA.
- et al. (1982), *Movimentos de barrio e Estado: lutas na esfera de reprodução na America Latina*, Río de Janeiro, CEDEC/Paz e Terra, núm. 5.
- Graf-Meyer, Y. et al. (1984), *L'école de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine* (2a. ed.), París, Aubier/RES/Champ Urbaine.
- Gamson, William (1986), *Political Discourse and Collective Action*, Boston College, Social Economy and Social Justice Program, Cuaderno de Trabajo núm. 4.
- Hellman, Judith (1989), "New Social Movements and the Question of Autonomy", ponencia presentada al taller *Movimientos populares y transformación del sistema político mexicano*, San Diego, Center for US-Mexican Studies.
- Jenkins, J. Craig (1983), "Resource Mobilization. Theory and the Study of Social Movements", en *Annual Review of Sociology*, núm. 9.
- Killiam, Lewis (1960), "Social Movements" en Robert Faris (ed), *Handbook of modern Sociology*, Chicago: Rand McNally.
- Kovacic, Lucio (1989), "The Pathways to Encounter Reflections on the Social Struggle on Sao Paulo", en David Slater, *New Social Movements and the State in Latin America*, Países Bajos, CEDLA.
- Lapeyronie, Didier (1989), "Mouvements sociaux et action politique. Existe-t-il une théorie de la mobilisation des ressources?", en *Revue Française de Sociologie*, París.
- Lojkin, Jean (1979), *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*, México, Siglo XXI Editores.
- McCarthy, John D., y Zald Mayer (1982), "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory", en *American Journal of Sociology*, pp. 1212-1241, Chicago.
- Melucci, Alberto (1989a), *Nomads of the Present, Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Londres, Hutchinson Radius.
- (1989b), "El reto simbólico de los movimientos sociales contemporáneos", textos del área política del periódico *El Nacional*, México, 10 de agosto.
- (1986), "Las teorías de los movimientos sociales", en *Estudios Políticos*, núm. 41, México.

- \_\_\_\_\_ (1977), *Sistema político, partiti e movimenti sociali*, Milán, Feltrinelli, pp. 1212-1241.
- Moore, Barrington (1978), *Injustice, the Social Bases of Obedience and Revolt*, Nueva York, The McMillan Press.
- Oberschall, Anthony (1973), *Social Conflict and Social Movements*, Englewood Cliffs, Harvard University Press.
- Offe, Claus (1988), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema.
- Olson, Mancur (1965), *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Park, Robert E. (1967), *On Social Control and Collective Behavior*, Chicago, Phoenix Books.
- Piven, Frances, y Richard Cloward (1979), *Poor People's Movements: Why they Succeed, How They Fail*, Nueva York, Vintage Books.
- Smelser, Neil (1989), *Teoría del comportamiento colectivo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Slater, David (1989), "Nuevos movimientos sociales y viejas preguntas", textos del área política del periódico *El Nacional*, México, 3 de agosto.
- \_\_\_\_\_ (1985), *New Social Movements and the State in Latin America*, Países Bajos, CEDLA.
- Tarrés, María Luisa (1992), "La sociología de los movimientos y la obra de Alain Touraine", en *Francia y su relación con la sociología*, México, Revista Interamericana de Sociología (en prensa).
- Tilly, Charles (1985), "Models and Realities of Popular Collective Action", en *Social Research*, vol 52, núm. 4, invierno.
- \_\_\_\_\_ (1978), *From Mobilization to Revolution*, Reading, Mass., Addison/Wesley.
- \_\_\_\_\_, y Louise Tilly (1981), *Class Conflict and Collective Action*, Beverly Hills, California.
- \_\_\_\_\_, y Richard Tilly (1975), *The Rebellious Century*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Fouraine, Alain (1986), "Introducción al método de la intervención sociológica", en *Estudios Sociológicos*, vol. 4, núm. 11, mayo-agosto.
- \_\_\_\_\_ (1981), *Le pays contre l'État, luttes occitaines*, París, Seuil.
- \_\_\_\_\_ (1980), *La prophétie antinucléaire*, París, Seuil.
- \_\_\_\_\_ (1978), *Lutte Étudiante*, París, Seuil.
- \_\_\_\_\_ (1978), *La voix et le regard*, París, Seuil.
- \_\_\_\_\_ (1973), *Production de la société*, París, Seuil.
- \_\_\_\_\_, F. Dubet, Z. Hegedus y M. Wiewiorka (1982), *Solidarité. Analyse d'un mouvement social. Pologne 1980-1981*, París, Fayard.
- Turner, Ralph (1964), "Collective Behavior and Conflict", en *Sociological Quarterly*, vol. v, pp. 122-132.
- \_\_\_\_\_ y L. Killian (1957), *Collective Behaviour*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall.

- \_\_\_\_\_ (1977), *Sistema político, partiti e movimenti sociali*, Milán, Feltrinelli, pp. 1212-1241.
- Moore, Barrington (1978), *Injustice, the Social Bases of Obedience and Revolt*, Nueva York, The McMillan Press.
- Oberschall, Anthony (1973), *Social Conflict and Social Movements*, Englewood Cliffs, Harvard University Press.
- Offe, Claus (1988), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema.
- Olson, Mancur (1965), *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Park, Robert E. (1967), *On Social Control and Collective Behavior*, Chicago, Phoenix Books.
- Piven, Frances, y Richard Cloward (1979), *Poor People's Movements: Why they Succeed, How They Fail*, Nueva York, Vintage Books.
- Smelser, Neil (1989), *Teoría del comportamiento colectivo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Slater, David (1989), "Nuevos movimientos sociales y viejas preguntas", textos del área política del periódico *El Nacional*, México, 3 de agosto.
- \_\_\_\_\_ (1985), *New Social Movements and the State in Latin America*, Países Bajos, CEDLA.
- Tarrés, María Luisa (1992), "La sociología de los movimientos y la obra de Alain Touraine", en *Francia y su relación con la sociología*, México, Revista Interamericana de Sociología (en prensa).
- Tilly, Charles (1985), "Models and Realities of Popular Collective Action", en *Social Research*, vol 52, núm. 4, invierno.
- \_\_\_\_\_ (1978), *From Mobilization to Revolution*, Reading, Mass., Addison/Wesley.
- \_\_\_\_\_, y Louise Tilly (1981), *Class Conflict and Collective Action*, Beverly Hills, California.
- \_\_\_\_\_, y Richard Tilly (1975), *The Rebellious Century*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Touraine, Alain (1986), "Introducción al método de la intervención sociológica", en *Estudios Sociológicos*, vol. 4, núm. 11, mayo-agosto.
- \_\_\_\_\_ (1981), *Le pays contre l'État, lutttes occitaines*, París, Seuil.
- \_\_\_\_\_ (1980), *La prophétie antinuclaire*, París, Seuil.
- \_\_\_\_\_ (1978), *Lutte Étudiante*, París, Seuil.
- \_\_\_\_\_ (1978), *La voix et le regard*, París, Seuil.
- \_\_\_\_\_ (1973), *Production de la société*, París, Seuil.
- \_\_\_\_\_, F. Dubet, Z. Hegedus y M. Wiewiorka (1982), *Solidarité. Analyse d'un mouvement social. Pologne 1980-1981*, París, Fayard.
- Turner, Ralph (1964), "Collective Behavior and Conflict", en *Sociological Quarterly*, vol. v, pp. 122-132.
- \_\_\_\_\_ y L. Killian (1957), *Collective Behaviour*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall.

